

LA “RE-FLEXIÓN” COMO ACCIÓN PRIVILEGIADA DE UNA UNIVERSIDAD (CATÓLICA)

POR TOMÁS SCHERZ T.*

En la Casa Central de la Universidad Católica del Maule, Talca, el Pbro. Tomás Scherz pronunció el 21 de abril un discurso para inaugurar el año académico 2026. Tras saludar a las autoridades presentes, agradeció la invitación al rector de la casa de estudios, don Claudio Rojas Miño.

Es un gran honor volver a un espacio de la libertad universitaria, en tanto plaza *privilegiada* “para practicar la gramática del diálogo que forma encuentro”¹, tal como lo expresara el Papa Francisco en la Pontificia Universidad de Chile, hace ya algunos años. Dicha convicción es la que me motiva también a expresar mi solidaridad con quienes no han tenido la misma suerte dialogal con ocasión de una similar introducción académica.

La violencia puede transformarse en una rutina, especialmente en los espacios de la formación, si no se transgrede su lógica interna y reaccionaria. Es esa transgresión la que deseo abordar, extendiéndola a la experiencia cotidiana, que siempre necesita de un domicilio razonable y hospitalario. Para ello me he permitido, más que hacer una reivindicación de la razón, de manera aséptica, hablar de su uso en la actividad reflexiva. Pero una reflexión cuyo sujeto pensador es la universidad, en tanto formadora de un hábito crítico y hermenéutico, más allá de la racionalidad identificada con un silogismo apodíctico o con el uso algorítmico de la información estadística.

¹ Francisco; Discurso visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile (17 de enero 2018), en: *Mi Paz les Doy (Mensajes de S.S. Francisco)*. Ediciones UC, Santiago, 2018, p. 58.

* Tomás Scherz es sacerdote, doctor en Filosofía por la Universidad de Tübingen, y profesor de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile



Capilla Universidad Católica del Maule.

La mirada topográfica y temporal de la reflexión

Quisiera usar de una analogía propuesta por el filósofo chileno Humberto Giannini, premio nacional de humanidades y ciencias sociales en 1999, quien consideraba el camino reflexivo desde una mirada “topográfica”, investigando una arqueología de la experiencia. El libro, aparecido cuando yo era estudiante, tiene por título *La reflexión cotidiana*². La palabra “reflexión”, *reflexio* (*onis*), original en el ámbito de la física, está compuesta por el prefijo *re* (volver hacia atrás, de nuevo) y el verbo *flectare* (doblar, curvar). La reflexión no es la especulación a la manera de una dialéctica trascendental que prescinde de la experiencia, en el decir de Kant.³ Giannini expone precisamente que se trata de una acción que se sitúa después de una experiencia cotidiana, en concreto, del itinerario diario del ciudadano y transeúnte, que sale del domicilio a la calle, para dirigirse al trabajo, y luego, al atardecer, volver a la casa. Dicho recorrido cotidiano permite exponer detalles del ejercicio mental de la razón. Y por más que dicho recorrido rutinario haya cambiado, se trata de un salir y volver al mismo lugar. A ello agrega que ese recorrido acostumbrado puede ser transgredido de dos maneras paradigmáticas: en la plaza y en el bar.

El autor da una relevancia gravitante al domicilio, que es donde se recoge hermenéuticamente lo experimentado en la calle. Con todo, insiste en que dicha cotidianidad no es exactamente lo mismo que la rutina diaria. Esta última es el acostumbramiento a una ruta donde nada interrumpe, y todo pasa inadvertido. De ahí la palabra rutina, la ruta habitual, conocida y automatizada.

Hay que advertir, sin embargo, que dicha rutina también tiene un efecto nada despreciable, en el que Giannini no profundiza. Arnold Gehlen, al hablar de las instituciones humanas, les concede la regulación de la conducta frente al exceso y desborde de demandas naturales no reguladas por el instinto, quienes sí ordenan admirablemente el ritmo del mundo animal, obedientes al orden (*kosmos*) ecológico. Las instituciones, en su opinión, evitan las posibles consecuencias fatales, otorgando al ser humano ordenamientos descongestionantes de la convivencia.⁴ Basta observar la regulación de los semáforos donde crece el comercio automotor.

2 Giannini, Humberto; *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Editorial Universitaria, Santiago, 1988.

3 Cf. Kant, Immanuel; *Kritik der reinen Vernunft*. 1781, A 287ss.

4 Cf. Gehlen, Arnold; *Anthropologische Forschung: 5. Mensch und Institutionen*. Rowohlt, Hamburgo, 1961, pp. 69-77.

Se trata del artificio cultural, que asegura las conductas en todos los ámbitos de la vida humana: el horario de comidas, el horario laboral, incluso, paradójicamente, la oficina de reclamos contra ellas mismas, en tanto se les agota su función ordenadora. A ellas se suman las instituciones más arraigadas en la cultura, como el derecho, la justicia, el lenguaje, la familia, la educación, la religión. Son rutinas que, en el decir drástico de Giannini, cierran “por todas partes el acceso a lo imprevisible, a lo que pudiera sobrevenir desde afuera y truncar la pacífica continuidad de nuestro trayecto”⁵.

La transgresión de la rutina cronológica tiene también una particular forma de ser. La casa no es solamente el origen y regreso del tránsito callejero. Es el lugar de la decantación, de la distancia y donde es posible “darse” el tiempo.

A esta mirada topográfica de la reflexión, el autor citado añade un componente temporal. La transgresión de la rutina cronológica tiene también una particular forma de ser. La casa no es solamente el origen y regreso del tránsito callejero. Es el lugar de la decantación, de la distancia y donde es posible “darse” el tiempo. Y aunque la afirmación se da en otro contexto, el Papa Francisco considera que el tiempo es superior al espacio, pues al priorizar este último, se puede caer en la locura de “tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de “iniciar procesos más que de poseer espacios”⁶.

Con todo, el tránsito por la calle, en tanto recorrido espacial –y vuelvo a Giannini–, es ocasión de lo imprevisible y de apertura. Es el transcurrir potencialmente abierto, en el que es posible el riesgo de que “pase algo”⁷. Esa apertura da ocasión al encuentro con el o lo otro, con la novedad, la sorpresa, pero también con el desvío. Esas experiencias que rompen la rutina, y que “nos pasan”, en el decir del autor, vuelven con el transeúnte al domicilio. Por ello, la transgresión no es estrictamente lo que “nos pasa”, cual reacción inmediata –como la irascibilidad violenta–, sino en la mediación reflexiva que se da en la localidad originaria desde donde se salió temprano.

La apertura de la calle, en palabras del autor, puede quebrar provisoriamente “el círculo inesencial, pero férreo del presente continuo de la rutina: como Saulo, en el camino de Damasco”⁸. Como ya lo hemos visto, no se trata de una transgresión en el sentido negativo de romper caprichosamente

⁵ Giannini, *op. cit.*, p. 34.

⁶ Francisco; Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del evangelio en el mundo actual. Vaticano, noviembre 2013, n. 223.

⁷ Cf. Giannini, *op. cit.*, p. 33.

⁸ *Idem*.

(...) no se trata de una transgresión en el sentido negativo de romper caprichosamente con la costumbre, con la normativa estabilizadora, sino en el sentido de reparar posteriormente en que debajo de la rutina se puede percutar un nivel más profundo de vida.

con la costumbre, con la normativa estabilizadora, sino en el sentido de reparar posteriormente en que debajo de la rutina se puede percutar un nivel más profundo de vida. La luz que encandiló a San Pablo y lo hizo caer en tierra (*Hch* 9,3-5) se decanta al volver a la casa de acogida, donde estuvo en silencio durante tres días. En la distancia es cuando termina el trámite y el negocio (palabra cuya etimología indica precisamente una “negación del ocio”), y se decanta su interpretación reflexiva, su hermenéutica. Giannini vincula explícitamente esa interrupción del tiempo con la tradición religiosa del día de guardar, el día del descanso bíblico, la celebración cristiana del Resucitado,

cual don que no puede reclamar nuestro mérito o nuestro afán diario.

Ahora bien, la acción reflexiva privada en la casa particular tiene un correlato comunitario. Y se parece a la plaza.

La transgresión de la rutina en la plaza

A diferencia de Gehlen, Giannini expresa que la rutina institucional es “leguleya, normativa, *reglamentatista*”⁹ (...) y no es que no se haga planes a largo plazo. Se los hace. Pero ese largo plazo lo tiene de tal modo asegurado a los carriles del presente, que termina siendo un plazo sin cisuras temporales” en el fondo, una caricatura de la eternidad, un futuro sin trascendencia.¹⁰

Creemos que dicha trascendencia, verdadera “transgresión” de la rutina inmanente, no es una ascética que huye definitivamente del mundo y de la calle. Nos dice: “objetivamente considerada, la plaza es la apertura de la calle: el suspenso de su conducta tramitadora”¹¹. Por ello, aunque el autor citado hablaba de la apertura de la calle respecto del domicilio, la plaza, según él, recrea un espacio y un tiempo reflexivo de la *comunidad*.¹² En ese espacio la transgresión o trascendencia de la rutina se realiza con ocasión del encuentro, que da lugar para todo tipo de intercambios con la palabra, orientación, saludo, novedad. A veces se dan esos tímidos conatos reflexivos desde la conversación espontánea, los que, en ocasiones, cuando “se tiene más tiempo”, pueden derivar en un verdadero esfuerzo mayéutico para despejar interrogantes domésticos y existenciales.

9 El neologismo es del mismo Giannini.

10 Cf. Giannini, *op cit.*, pp. 34-35.

11 *Ibid.*, p. 63.

12 *Ibid.*, pp. 61, 65.



Facultad de Ciencias Universidad Católica del Maule.

La universidad, por cierto, no tiene ese carácter informal de la plaza y tiene una tradición milenaria. Es la plaza de la mediación formal del conocimiento, configurándose inicialmente como una comunidad que procura saber de la verdad reflexionando con su principal herramienta hermenéutica que es el saber científico. Aquí es donde, ya en sus orígenes, descubrimos la necesaria combinación del elemento dialógico y comunitario, en vistas del saber.

En la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, se expresa que “por su vocación la *Universitas magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros animados todos por el mismo amor del saber”¹³. Aunque el cultivo formativo parece unidireccional hacia los estudiantes, ellos no son solo sujetos para capacitarse y aprender verdades, sino también protagonistas de una búsqueda que es conjunta. Ya lo repetíamos al inicio: la

La universidad, por cierto, no tiene ese carácter informal de la plaza y tiene una tradición milenaria. Es la plaza de la mediación formal del conocimiento, configurándose inicialmente como una comunidad que procura saber de la verdad reflexionando con su principal herramienta hermenéutica que es el saber científico.

¹³ Juan Pablo II; Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae* sobre las universidades católicas. Roma, 1990, n. 1.

universidad es un espacio privilegiado para practicar la gramática del diálogo que forma encuentro¹⁴. Su alma original remite a un proceso común de búsqueda.

Es por ello que el carácter público de la universidad no radica inicial y primeramente en su condición de estatal o en su capacitación de buenos profesionales para el desarrollo del país, sino en su manera de ejercitar la formación científica. El que ingresa a la plaza universitaria no puede compararse con el transeúnte que atraviesa raudo y concentrado, sin detenerse, para acortar camino. Procurar un cargo de “alta dirección pública”, atravesando la universidad en vistas de un reconocido título, adelantando los ramos *superficiales* —las humanidades, los teológicos y los deportivos— y coleccionando

grados académicos, pero sin detenerse en el diálogo reflexivo, habla de una capacitación, pero no de una genuina “formación” (*Bildung*), en dicha comunidad. Ese componente formativo, vuelvo a repetir, remite al diálogo socrático, tal como lo concebía Guillermo de Humboldt, y que es rescatado por Helmuth Schelsky al insistir en la necesidad de una renovación de la universidad alemana de posguerra.¹⁵ Es cierto que la plaza universitaria debe acoger a cualquier ciudadano —hablo de académicos, alumnos, doctorandos, e incluso los

trabajadores—, pero una vez que se ingresa, hay que “detenerse”, para decantar personalmente un horizonte mayor que el propio.

Cuando el cardenal Newman hacía defensa de la fundación de una universidad católica en Dublín, no lo hacía para disputar un espacio público al protestantismo. Su objetivo era constituir una comunidad de miembros que tuvieran “un hábito de la mente que dura toda la vida, y cuyas características son libertad, sentido de justicia, serenidad, moderación y sabiduría”¹⁶, es decir, se trata de un espacio de formación, que sepa, en nuestra nomenclatura, transgredir maduramente una “rutina cultural” sin “trascendencia”. Al decir que la plaza universitaria tiene a las ciencias como hermenéutica reflexiva, lo tiene en un caldo de cultivo dialogal, cuyo talante corresponde a un “hábito filosófico”, en el decir de Newman¹⁷. Si bien no prescinde de la capacitación de profesionales, dicho hábito ilumina la formación con un espíritu ecuaníme, sereno, humilde y sabio.

Al decir que la plaza universitaria tiene a las ciencias como hermenéutica reflexiva, lo tiene en un caldo de cultivo dialogal, cuyo talante corresponde a un “hábito filosófico”, en el decir de Newman.

14 *Idem*, Francisco, *op. cit.*

15 Cf. Schelsky, Helmuth; *Einsamkeit und Freiheit*. Rowohlt, Hamburgo, 2017, p. 77.

16 Newman, John Henry; “El saber, como fin en sí mismo”. En: *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Eunsá, Navarra, 1996, p. 125.

17 *Idem*.

La racionalidad cotidiana de la universidad

Se le enrostra muchas veces al académico que no “tiene calle”. Sin embargo, “tener calle” tampoco basta. Es cierto que la calle es un horizonte espacial donde se puede descargar verticalmente un acto significativo con toda su riqueza latente.¹⁸ Pero el locus espacio temporal donde se decanta transgresoramente esa experiencia es el espacio dialogal de la universidad.

La anterior referencia a la comunidad, libremente reunida y constituida por maestros y alumnos que buscan conjuntamente la verdad, aparece como un paradigma universitario que también hoy tiene relevancia. Sobre todo, cuando se recuerda que el diálogo es un logos entre otros. Solo este recrea, a su manera, el componente socrático, transferido luego en los claustros en un formato distinto al informal del ágora de Atenas. En esos orígenes esa verdad era procurada por medio de las básicas artes liberales y metodológicas como la lógica y gramática, en vistas de preparar una suerte de desvelamiento filosófico de verdades metafísicas —que van “más allá de la física”—, y de esa manera, poder comunicar la verdad revelada de las Sagradas Escrituras. Esa progresión hacia la teología ya se daba simultáneamente con la formación de profesiones en el derecho y la medicina.

Con el pasar del tiempo, y también con la reorganización científica del *Novum Organum* de Francis Bacon (1620), comienza a incrementarse la especialidad de las distintas ciencias básicas, y junto con ellas, la creación de artificios de dominio de la naturaleza por medio de ingenios técnicos. El *more geométrico*, expresión de Pascal que describe el modelo cartesiano que se va imponiendo en el razonamiento, es madurado por Kant al reivindicar la autonomía de la razón y la priorización de la filosofía por sobre la teología, el derecho y la medicina.¹⁹ Será el mismo cardenal Newman que, en parte, recogerá esta convicción.²⁰

Inspirado por esa madurez de la autonomía y el autoconocimiento, Guillermo de Humboldt funda la Universidad de Berlín en el año 1810, con el significado cultural de la *Universidad del Espíritu* que, según la literatura especializada, renovó “la experiencia originaria de la fundación de la Universidad europea”²¹. Como lo veíamos, la actividad de la universidad

¹⁸ Cf. Giannini, *op. cit.*, p. 124.

¹⁹ *Die philosophische Fakultät kann also alle Lehren in Anspruch nehmen, um ihre Wahrheit der Prüfung zu unterwerfen* (Kant, Immanuel; *Der Streit der Fakultäten*. 1798, AK VII, 28).

²⁰ Cf. Giannini, *op. cit.*, p. 124.

²¹ Morandé, Pedro; “La fundación de la Universidad de Berlín: Humboldt desafía a Napoleón”. En: Scherz, Luis (ed.); *Momentos cruciales de la universidad alemana*. Editorial Universitaria, Santiago, 1991, p. 15.



Campus de Universidad Católica del Maule.

Como lo veíamos, la actividad de la universidad nacida del corazón de la Iglesia durante la Edad Media implicaba una búsqueda comunitaria en vistas de la verdad, potenciando, además, las facultades humanas en un camino abierto hacia la objetividad del mundo para captar el principio, sentido y lugar del ser humano en la creación.

nacida del corazón de la Iglesia durante la Edad Media implicaba una búsqueda comunitaria en vistas de la verdad, potenciando, además, las facultades humanas en un camino abierto hacia la objetividad del mundo para captar el principio, sentido y lugar del ser humano en la creación. La autonomía, tanto en su origen medieval como en el espacio de la “Universidad del Espíritu”, era, de hecho, una prescindencia de cierta instrumentalización de la razón. Enfatizaba la verdad, “buscada desinteresadamente con las facultades de la razón”²². Las actuales facultades universitarias derivan de un conocimiento especializado en una suerte de atomización espacial dentro de la misma plaza.

²² *Idem*.

Es desde esta lejana comprensión que evolucionó en una antítesis de ideales universitarios, sobre todo en el siglo XIX, y que tuvieron impacto en la constitución de las universidades latinoamericanas. Se trata de la contraposición paradigmática de la mencionada Universidad del Espíritu y la Universidad Napoleónica, esta última como órgano sometido al Estado. Dicho modelo ha sido el dominante en la historia de la universidad en nuestra región: capacitar profesionales que, aunque muy instruidos en la razón instrumental, corren riesgo de no atreverse a transgredir y trascender la rutina pragmática. Horkheimer, testigo de una guerra alimentada sobre la base de dicha racionalidad, habla de ella como una suerte de regresión de la razón moderna, en la que ya no se disciernen los fines, sino solo los medios.²³ Y la llama “razón subjetiva”²⁴, pese a su inicial presunción de objetividad. Pues es el poder lo que ahora monopoliza y domina el conocimiento.

El anhelo y maduración criolla, tanto académica como estudiantil, para la superación de una reflexión vinculada estrictamente a los programas de desarrollo económico estuvo en los orígenes de la reforma universitaria del año 1967 en nuestro país. Es incómodo hacer notar que dicho movimiento fue gatillado por una institución católica de la provincia y que se frustró el año 1973 por razones políticas.²⁵ José Joaquín Brunner explicita que esa modalidad napoleónica se transcribe hoy en expresiones develadoras como “revolución gerencial”, “nueva gestión pública” o “*empresarialización* de la universidad pública”. De aquí se derivan temas como la misma gobernanza empresarial, el reemplazo de las oligarquías académicas por “investigadores de alto impacto” y los *rankings* determinados por instituciones extrauniversitarias. Por otro lado, se cambió la autoridad colegial del conocimiento compartido, y se “presenta ahora en un conjunto de islas e islotes donde permanecen las tribus disciplinarias”²⁶, dedicadas, entre otras cosas, a la inscripción de patentes con propósitos empresariales. Esto suscita reacciones de todo tipo entre el profesorado. Brunner rescata, algo resignado, “al héroe de la integridad intelectual en un mundo desencantado”²⁷.

23 Cf. Horkheimer, Max; *Crítica de la razón instrumental*. Sur, Buenos Aires, 1969, p. 17.

24 *Idem*.

25 Cf. Scherz García, Luis; “Reforma y Contrarreforma en la Universidad Católica de Chile (1967-1980)”. En: *Rev. Realidad Universitaria* (nº6: *El Centenario de la UC*), 1988, pp. 36-53.

26 Brunner, José Joaquín; “Cómo salvar el alma en la Universidad”. En: Brunner, José Joaquín y Bravo, Mauricio (eds.); *Universidad entre invención y herencia: el trabajo de las ciencias sociales y humanidades*. Diego Portales, Santiago, 2026, p. 127.

27 *Idem*.

La reflexión universitaria en vistas del sentido humano

Sin embargo, creo que la experiencia de reflexión cotidiana, en tanto acción universitaria de investigación y su consecuente docencia —ya preparar una clase es investigar—, requiere no solo de una institucionalidad formal y estándares de publicación, rigor en las clases, especialmente en seminarios compartidos, sino algo de la espontánea y responsable actitud personal y comunitaria de la que hablaba el cardenal Newman.

Creo que la experiencia de reflexión cotidiana, en tanto acción universitaria de investigación y su consecuente docencia, requiere no solo de una institucionalidad formal y estándares de publicación, rigor en las clases, especialmente en seminarios compartidos, sino algo de la espontánea y responsable actitud personal y comunitaria de la que hablaba el cardenal Newman.

Desde un punto de vista objetivo, el diálogo ha de estar regido por un principio de verdad que transgrede, en nuestro lenguaje, la plaza de un mero conversatorio. El diálogo, válido en sí mismo y que procura ese principio de verdad, debe llevarnos a una “*experiencia común*” que, al compartir un conocimiento teórico y una valoración práctica de las cosas, pueda llegar a constituir “un criterio válido para zanjar dificultades y reanudar la rutina suspendida”²⁸.

Añado a esa convicción la frase del Papa Benedicto XVI, que advierte: “no tenemos la verdad. No podemos decir ‘tengo la verdad’, sino que la verdad ha venido hacia nosotros y nos impulsa. Debemos aprender a dejarnos llevar por ella, a dejarnos conducir por ella”²⁹. Desde ese punto de vista, no basta la definición tomista de la verdad como *adaequatio rei et intellectus* (adecuación de la cosa y del intelecto)³⁰, cual réplica isomórfica y estática. El “dejarnos conducir” también tiene su correspondiente búsqueda humilde

en la concepción más dinámica, compartida y paciente de la verdad como *aletheia*, muy reivindicada especialmente por Heidegger como un “desvelar” con tiempo³¹, y como nosotros enfatizaríamos, de manera conjunta.

Para ello se necesita finalmente una “conciencia hospitalaria”³². Las ideas se tratan como huéspedes, más que como propiedades personales; se trata de una conciencia que también sepa dejarlas partir. Y esa es, a mi juicio, el inicio de la transgresión reflexiva más profunda. O lo que es lo mismo, de un mayor nivel de trascendencia. Lo digo porque

28 Giannini, *op. cit.*, p. 75.

29 Benedicto XVI; Homilía durante la misa con sus exalumnos. Castel Gandolfo, 2 de septiembre 2012.

30 Aquino, Tomás de; *STh I*, q. 21, 2c.

31 Cf. Heidegger, Martin; *Ser y Tiempo* & 44 y 45 (trad. Jorge Rivera). Editorial Universitaria, Santiago, 1997, pp. 233-255.

32 Giannini, *op. cit.*, pp. 116ss.



Conmemoración diez años del Programa de Acceso a la Educación Superior (PACE) de la Universidad Católica del Maule.

dicha profundidad podría esperarse solo con una “transgresión” en el mismo nivel de la razón instrumental. Cuando la rutina de la banda industrial de la fábrica registrada cinematográficamente en *Tiempos Modernos* (Charles Chaplin) se transgrede reflexivamente en aumentar la eficiencia de la productividad, en sentido estricto, no se transgrede la rutina. Se la fortalece con una mayor rapidez en la maquinaria programada y dirigida (como diríamos hoy) por una inteligencia capaz de tomar decisiones algorítmicas. Sin embargo, frente a esa lógica rutinaria del nivel pragmático, y aquí sí que se trasciende, cuando irrumpe verticalmente otro nivel reflexivo: el ético. La rutina acelerada y extractiva de esa productividad –como se suele calificar– “ha terminado colocando la razón técnica sobre la realidad, porque este ser humano ni siente la naturaleza como norma válida, ni menos aún como refugio viviente”³³, como dice el Papa Francisco. Esa rutina vertiginosa encubre el riesgo de agredir la Casa Común que nos sustenta.

33 Francisco; Carta encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la Casa Común. 24 de mayo 2015, n. 115.

Pero de igual manera, en ese mismo nivel ético, podría presumirse una transgresión reivindicadora de los derechos animales a la manera de los derechos humanos (reivindico que las hermanas bestias, tienen un valor

en sí, y no me desví de los dos Franciscos: el santo y el pontífice). Pero más que transgresión reflexiva se trata de una homologación, pero sin deberes ni responsabilidad personal.

Por ello una universidad católica, junto con la reflexión teológica y la presencia del misterio sacramental, es genuinamente católica cuando asume en serio ser una verdadera universidad, dejando espacio y tiempo a lo que pueda pasar en todos los niveles, sin excluir la descarga vertical, transgresora, del misterio divino.

Es desde ese discutido nivel ético –como me ha tocado vivirlo en el sufrimiento humano de quienes aún buscan el destino de sus seres queridos y desaparecidos– que se deja entrever un nivel más profundo de reflexión, que apunta no solo a la justicia, sino finalmente al origen y destino del ser humano y la creación, junto a la organización de su convivencia en la casa común y el sentido de su vida. Esa es, probablemente, la reflexión más transgresora de la rutina cotidiana, y lo más original de la universidad.

Por ello una universidad católica, junto con la reflexión teológica y la presencia del misterio sacramental, es genuinamente católica cuando asume en serio ser una verdadera universidad, dejando espacio y tiempo a lo que pueda pasar en todos los niveles, sin excluir la descarga vertical, transgresora, del misterio divino.

Conclusiones: hacia una plaza más extendida

Me permito concluir con dos aseveraciones fundamentales.

Las facultades de ciencias aplicadas no pueden marginarse del universo académico y deben mantener rigurosidad en el desarrollo humano, económico y social, pero en tanto cuanto saben integrarse en la comunidad reflexiva, al universo original del interés antropológico. No en vano la tendencia de implementar carreras interdisciplinarias, donde las facultades deben acoger la otra especialidad en un inédito dialogo reflexivo de síntesis universal, marca una pauta muy lúcida, y se deja ver hoy en día en las principales universidades del orbe. Sobre todo si ese encuentro está animado por la reflexión en el sentido propuesto.

Por otro lado, no me detengo solo en la plaza universitaria, sino en la de la educación terciaria en general. Es necesario no solo un diálogo interno de las universidades, sino también con las instituciones de formación técnica y profesional. Los contenidos y las personas de la

formación técnica y profesional, junto al creciente desarrollo tecnológico de la mentada inteligencia artificial, necesitan de una actividad reflexiva, como ya se deja ver en muchas instituciones técnicas de larga data en nuestro país. Ellas, además, tienen insumos del tránsito y del trabajo que la universidad necesita para reflexionar desarrollos más integrales en vistas del bien común.

Pero insisto, y con esto termino, no nos emborrachemos con una equívoca transgresión, como tampoco con esa eficiente e infinitamente bien informada inteligencia artificial que, al estar desposeída de un sujeto personal –el único sobre el que vuelve reflexivamente el drama y la esperanza humana–, no sabría suspender la rutina. Por ello es indispensable mantener un domicilio comunitario, sereno, autónomo y libre como en esta “fértil provincia señalada” (en el decir de Alonso de Ercilla), pues la costumbre en ella, o es virtud (hábito bueno), o es rutina que aún encubre sabiduría digna de una reflexión transgresora. El Resucitado, la Verdad hecha carne, nos visitará en Galilea, en la periferia, de donde todo partió y donde vuelve la *Palabra*. Y si bien la universidad no es un convento o un seminario –en las propias palabras del cardenal Newman³⁴– es una tierra, como la maulina, en que se puede cultivar la humildad académica, la más propensa para “re-flexionar” o, incluso, para recibir como don una transgresión divina.

Muchas gracias. **H**

³⁴ Newman, *op. cit.*, p. 231.